

CONFESIÓN DE FE

I. LAS ESCRITURAS

Creemos que la Santa Biblia fue escrita por hombres divinamente inspirados, y que es tesoro perfecto de instrucción celestial ⁽¹⁾; que tiene a Dios por autor, por objeto la salvación, y por contenido la verdad sin mezcla de error ⁽²⁾; que revela los principios según los cuales Dios nos juzgará ⁽³⁾ siendo por lo mismo, y habiendo de serlo hasta la consumación de los siglos, centro verdadero de la unión cristiana, y norma suprema a la cual se debe sujetar todo juicio que se forme de la conducta, las creencias y las opiniones humanas.

(1) 2 Ti. 3:16-17; 2 P. 1:21; 2 S.23:2; Hch. 1:16

(2) Pr. 30:5-6; Jn 17:17; Ro.3:4; Ap. 22:18, 19

(3) Ro. 2:12; Jn.12:47, 48; I Co. 4:3; Lc.10:10, 16; 12:47, 48.

II. EL DIOS VERDADERO

Creemos que las Escrituras enseñan que hay un Dios viviente y verdadero, y solamente éste, Espíritu infinito e inteligente, cuyo nombre es JEHOVA (YO SOY), Hacedor y Arbitro Supremo del cielo y de la tierra ⁽¹⁾, indeciblemente glorioso en santidad ⁽²⁾, y merecedor de toda la honra, confianza y amor posibles ⁽³⁾; que en la unidad de la Divinidad existen tres personas que son: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ⁽⁴⁾; iguales éstos en toda perfección divina, desempeñan oficios distintos, pero que armonizan, en la grande obra de la redención.

(1) Jn.4:24; Sal.83:18; Heb.3:4; Ro.1:20; Jer.10:10.

(2) Ex.15:11; Isa.6:3; I P.1.15; Ap.4:6,8.

(3) Mr.12:30; Ap.4:11; Mt.10:37; Jer.2:12,13.

(4) Mt.28:19; Jn.15:26; I Co. 12:4,6.

III. LA CAIDA DEL HOMBRE

Creemos que Las Escrituras enseñan que el hombre fue creado en santidad, sujeto a la ley de su Hacedor ⁽¹⁾; pero que por la trasgresión voluntaria cayó de aquel estado santo y feliz ⁽²⁾; por cuya causa todo el género humano es ahora pecador ⁽³⁾, no por fuerza, sino por su voluntad; hallándose por naturaleza enteramente desprovisto de la santidad que requiere la ley de Dios, positivamente inclinado a lo malo, y por lo mismo bajo justa condenación ⁽⁴⁾, sin defensa ni disculpa que le valga ⁽⁵⁾.

(1) Gn. 1:27, 31; 2:16; Ec. 7:29; Hch. 17:26.

(2) Gn. 3:6-24; Ro. 5:12.

(3) Ro. 5:15-19; Jn. 3:6; Sal. 51:5.

(4) Ef. 2:3.

(5) Ez. 18:19,20; Ro. 1:20; 3:19; Gá. 3:22.

IV. EL CAMINO DE SALVACIÓN

Creemos que las Escrituras enseñan que la salvación de los pecadores es puramente gratuita ⁽¹⁾, en virtud de la obra intercesora del Hijo de Dios ⁽²⁾; quien cumpliendo la voluntad del Padre, se hizo hombre, pero exento de pecado ⁽³⁾; honró la ley divina con su obediencia personal, y con su muerte dio plena satisfacción por nuestros pecados ⁽⁴⁾, resucitó después de entre los muertos, y desde entonces se entronizó en los cielos; que reúne en Su persona admirabilísima las simpatías tiernas y las perfecciones divinas, teniendo así por todos estos motivos las cualidades que requiere un Salvador idóneo, compasivo y omnipotente ⁽⁵⁾.

(1) Ef. 2:5; Mt. 18:11, 1 Jn. 4:10; 1 Co. 3:5-7; Hch. 15:11.

(2) Jn. 3:16.

(3) Fil. 2:6-7.

(4) Is. 53:4,5.

(5) Hch. 7:25; Col. 2:9.

V. LA JUSTIFICACIÓN

Creemos que las Escrituras enseñan que la justificación es el gran bien evangélico que asegura Cristo ⁽¹⁾, a los que en Él tengan fe ⁽²⁾; que esta justificación incluye el perdón del pecado ⁽³⁾, y el don de la vida eterna de acuerdo con los principios de la justicia; quien da esta justificación exclusivamente mediante la fe en Él, y no por consideración de ninguna obra de justicia que hagamos; imputándonos Dios gratuita-mente mediante esta fe la justicia perfecta de Cristo ⁽⁴⁾; que nos introduce a un estado altamente bienaventurado de paz y de favor con Dios, y ahora y para siempre hace nuestros todos los demás bienes que hubiéramos menester ⁽⁵⁾.

(1) Jn, 1:16; Ef. 3:8.

(2) Hch. 13:39; Ro. 5:1.

(3) Ro. 5:9, Zac. 13.1; Mat. 9:6; Hch. 10:43.

(4) Ro. 5:19; 3:24-26; 4:23-26.

(5) Ro. 5:1,2.

VI. EL CARÁCTER GRATUITO DE LA SALVACIÓN

Creemos que las Escrituras enseñan que el Evangelio franquea todos los bienes de la salvación ⁽¹⁾; que es deber de todos aceptarlos inmediatamente con fe cordial, arrepentimiento y obediencia ⁽²⁾; y que el único obstáculo para la salvación del peor pecador de la tierra es la perversidad de éste, y su repulsa voluntaria del evangelio ⁽³⁾, repulsa que le acarrea condenación agravada ⁽⁴⁾.

- (1) Is. 55:1; Ap. 22:17.
- (2) Hch. 17:30; Ro. 16:26; Mr. 1:15-17.
- (3) Jn. 5:40; Mt. 23:37; Ro. 9:31,32.
- (4) Jn. 3:19; Mt. 11:20; Lc. 19:27; 2 Ts. 1:8.

VII. LA REGENERACIÓN

Creemos que Las Escrituras enseñan que para ser salvo hay que ser regenerado o sea nacer de nuevo ⁽¹⁾; que consiste la regeneración en comunicar al alma el carácter santo ⁽²⁾; que el poder del Espíritu Santo en unión de la verdad divina ⁽³⁾, efectúa la regeneración de una manera que no está al alcance de nuestra inteligencia, consiguiéndose así que voluntariamente obedezcamos el evangelio ⁽⁴⁾; y se ve evidencia realmente en los santos frutos de arrepentimiento, fe y novedad de vida ⁽⁵⁾.

- (1) Jn. 3:3,6,7; Ap. 7:13,14; 21:27.
- (2) 2 Co. 5:17; Ez. 36:26; Dt. 30:6; Ro. 2:28,29.
- (3) Jn. 3:8; 1:13; Stg. 1:16-18; 1 Co. 1:30; Fil. 2:13.
- (4) 1 P. 1:22,23; 1 Jn. 5:1; Ef. 4:20-24; Col. 3:11.
- (5) Ef. 3:14-21, 5:9; Ro. 8:9; Gá. 5:16-23; Mt. 3:8-10; 7:20; 1 Jn. 5:4, 18.

VIII. EL ARREPENTIMIENTO Y LA FE

Creemos que Las Escrituras enseñan que son deberes sagrados el arrepentimiento y la fe, y asimismo que son gracias inseparables, labradas en el alma por el Espíritu Regenerador Divino ⁽¹⁾; mediante las cuales, profundamente convencidos de nuestra culpa, de nuestro peligro y de nuestra impotencia, como también de lo referente al camino de salvación mediante Cristo ⁽²⁾, nos volvemos hacia Dios sinceramente contritos, confesándonos con El e implorando Su misericordia; cordialmente reconociendo, a la vez, al Señor Jesucristo como Profeta, Sacerdote y Rey nuestro, en quien exclusivamente confiamos en calidad de Salvador único y omnipotente ⁽³⁾.

- (1) Mr. 1:15; Hch. 11:18; Ef. 2:8; 1 Jn. 5:1.
- (2) Jn. 16:8; Hch. 2:38; 16:30,31.
- (3) Ro. 10:9-11; Hch. 3:22, 23; He. 4:14.

IX. EL PROPÓSITO DE LA GRACIA DIVINA

Creemos que Las Escrituras enseñan que la elección es aquel propósito eterno de Dios según el cual misericordiosamente regenera, santifica y salva a los pecadores ⁽¹⁾; que por ser este propósito perfectamente consecuente con el albedrío humano, abarca todos los medios junto con el fin ⁽²⁾; que sirve de manifestación gloriosísima de la soberana bondad divina ⁽³⁾; que absolutamente excluye la jactancia, promoviendo humildad ⁽⁴⁾; que estimula al uso de los medios; que puede conocerse viendo sus efectos en todos los que realmente reciben a Cristo ⁽⁵⁾; que es fundamento de la seguridad cristiana; y

que cerciorarnos de esto, por lo que concierne personalmente, exige y merece suma diligencia de nuestra parte ⁽⁶⁾ .

- (1) 2 Ti. 1:8,9.
- (2) 2 Ts. 2:13,14.
- (3) 1 Cr. 4:7; 1:26-31; Ro. 3:27.
- (4) 2 Ti. 2:10; 1 Co. 9:22; Ro. 8:28; 3O.
- (5) 1 Ts. 1:4.
- (6) 2 P. 1:10,11; Fil. 3:12; He. 6:11.

X. LA SANTIFICACIÓN

Creemos que Las Escrituras enseñan que la santificación es aquel procedimiento mediante el cual se nos hace partícipes de la santidad de Dios, según la voluntad de Este ⁽¹⁾ ; que es obra progresiva ⁽²⁾ , que principia con la regeneración; que la desarrolla en el corazón fiel la presencia y el poder del Santo Espíritu, Sellador y Consolador, empleándose continuamente los medios señalados, sobre todo, la Palabra de Dios, y también el examen propio, la abnegación, la vigilancia y la oración ⁽³⁾ , practicando todo ejercicio y cumpliendo todo deber piadoso ⁽⁴⁾ .

- (1) Ts. 4:3; 5:23; 2 Co. 7.1, 13:9; Ef. 1:4
- (2) Pr. 4:18.
- (3) Fil. 2:12; Ef. 4:11,12; 1 P. 2:2; 2 P. 3:18; 2 Co. 13:5; Lc. 11:35; 9:23; Mt. 26:41; Ef. 6:18; 4:30.
- (4) 1 Ti. 4:7.

XI. LA PERSEVERANCIA DE LOS SANTOS

Creemos que Las Escrituras enseñan que los verdaderos regenerados, los nacidos del Espíritu, no apostatarán para perecer irremediamente, sino que permanecerán hasta el fin ⁽¹⁾ ; que su adhesión perseverante a Cristo es la señal notable que los distingue de los que superficialmente hacen profesión ⁽²⁾ que por el bien de ellos vela la Providencia especial ⁽³⁾ ;y que son custodiados por el poder de Dios para la salvación mediante la fe ⁽⁴⁾

- (1) I Jn. 8:31; 2:27,28;
- (2) I Jn. 2:19.
- (3) Ro. 8:28; Mt. 6:30-33;Jer. 32:40.
- (4) Fil. 1:6; 2:12,13.

XII. LA LEY Y EL EVANGELIO

Creemos que Las Escrituras enseñan que la Ley de Dios es la norma eterna e invariable de Su gobierno moral ⁽¹⁾ , que es santa, justa y buena ⁽²⁾ ; que la única causa de la incapacidad para cumplir los preceptos de ella, atribuida por las Escrituras al hombre caído, es la naturaleza pecaminosa de éste ⁽³⁾ , libertarnos de la cual, y restituirnos mediante Intercesor a la obediencia de la Santa Ley, es uno de los principales objetos propuestos en el evangelio, y

también de los medios de gracia relacionados con el establecimiento de la iglesia ⁽⁴⁾.

- (1) Ro. 3:31; Mt. 5:17; Lc. 16:17; Ro. 3:20; 4:15.
- (2) Ro. 7:12; 7:7,14,22; Gá. 3:21; Sal. 119.
- (3) Ro. 8:7,8.
- (4) Ro. 8:2-4.

XIII. UNA IGLESIA EVANGELICA

Creemos que Las Escrituras enseñan que una iglesia de Cristo es una agrupación de fieles bautizados ⁽¹⁾, asociados mediante pacto en fe y la comunión del evangelio ⁽²⁾; la cual practica las ordenanzas de Cristo ⁽³⁾; es gobernada por las leyes de éste ⁽⁴⁾; y ejerce los dones, derechos y privilegios que a ella otorga la palabra del mismo ⁽⁵⁾; y cuyos únicos oficiales bíblicos son el pastor u obispo, y los diáconos ⁽⁶⁾; estando definidos los requisitos, derechos y obligaciones de estos oficiales en las epístolas de Pablo a Timoteo y Tito.

- (1) Hch. 2:41-42.
- (2) 2 Co. 8:5.
- (3) 1 Co. 11:2
- (4) Mt. 28:20; Jn. 14:15.
- (5) I Co. 14:12.
- (6) Fil.1:1; Hch. 14:23; 15:22; I Ti. 3:1; Tit. 1.

XIV. EL BAUTISMO CRISTIANO, LA CENA DEL SEÑOR

(a) Bautismo:

Creemos que las Escrituras enseñan que el Bautismo cristiano es la inmersión en agua del que tenga fe en Cristo ⁽¹⁾; hecha en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ⁽²⁾, a fin de proclamar, mediante su emblema hermoso, esta fe en el Salvador crucificado, sepultado y resucitado, y también el efecto de la misma fe, a saber, la muerte al pecado y la resurrección a nueva vida del fiel ⁽³⁾, y que el bautismo es requisito previo para los privilegios de la relación eclesiástica como por ejemplo, la Cena del Señor ⁽⁴⁾.

- (1) Hch. 8:36-39; Mt. 3:5,6; Jn. 3:22, 23; 4:1,2; Mt. 28:19.
- (2) Mt. 28:19; Hch. 10:47,48; Gá. 3:27:28.
- (3) Ro. 6:4; Col. 2:12.
- (4) Hch. 2:41; Mt. 28:19,20

(b) Cena del Señor.

Creemos que Las Escrituras enseñan que la cena del Señor es cierta provisión de pan y vino, que representa el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y que de ella participan los miembros de la iglesia reunidos para el efecto ⁽¹⁾, conmemorando así la muerte de su Señor ⁽²⁾, proclamando la fe que le tienen, su participación en los merecimientos de Su sacrificio, su necesidad de que les

suministre vida y nutrimento espirituales ⁽³⁾, y su esperanza de la vida eterna en virtud de la resurrección de Cristo de entre los muertos; y que debe preceder a su observancia el examen detenido de sí propio por cada partícipe ⁽⁴⁾.

(1) Lc. 22:19, 20; Mr. 14:20-26; Mt.26:27-30; I Co.11:27- 30; 10:16.

(2) I Co. 11:26; Mt. 28:20.

(3) Jn. 6:35,54,56.

(4) I Co. 11:28.

XV. EL DIA DEL SEÑOR

Creemos que Las Escrituras enseñan que es Día del Señor el primero de la semana ⁽¹⁾, y que se le ha de consagrar a los fines religiosos ⁽²⁾, absteniéndose el cristiano de todo trabajo secular que no sea obra de misericordia y necesidad ⁽³⁾, valiéndose con devoción de todos los medios de gracia, privados y públicos ⁽⁴⁾ y preparándose así para "el descanso que le queda al pueblo de Dios".

(1) Hch. 20:7.

(2) Ex. 20:8; Ap. 1:10; Sal. 118:24.

(3) Hch. 5:29; Mt. 10:28; Dn. 3:15-18; 10; Hch. 4:18-20

(4) He. 10:24, 25; Hch. 13:44.

XVI. EL GOBIERNO CIVIL

Creemos que Las Escrituras enseñan que existe el gobierno civil por disposición divina, para los intereses y el buen orden de la sociedad humana ⁽¹⁾; y que debemos orar por los magistrados honrándolos en conciencia y obedeciéndolos ⁽²⁾, salvo en cosas que sean opuestas a la voluntad de nuestro Señor Jesucristo ⁽³⁾, único dueño de la conciencia y príncipe de los reyes de la tierra ⁽⁴⁾.

(1) Ro. 13:7.

(2) Mt. 22:21; Tit 3:1; I P.2:13; I Ti. 2:1-8.

(3) Hch. 5:29; Mt. 10:28; Dn. 3:15-18, Hch. 4:18-20.

(4) Mt. 23:10; Ap. 19:16; Sal. 72:11; Sal. 2; Ro.14:9-12.

XVII. LOS JUSTOS Y LOS IMPIOS

Creemos que Las Escrituras enseñan que hay diferencia radical y esencial entre los justos y los impíos ⁽¹⁾, que en la estimación de Dios no hay justos verdaderos aparte de los regenerados; éstos han sido justificados mediante la fe en Jesucristo, y santificados por el Espíritu Divino ⁽²⁾; que, a los ojos de Dios, son impíos y malditos cuantos sigan impenitentes e incrédulos ⁽³⁾; y que es permanente esta diferencia entre unos y otros al morir y después de la muerte ⁽⁴⁾.

- (1) Mal. 3:18; Pr. 12:26; Is. 5:20; Gn. 18:23; Jer. 15:19; Hch. 10:34,35. Ro. 6:16.
(2) Ro. 1:17; I Jn. 3:7; Ro. 6:18,22; I Co. 11:32; Pr. 11:31; I Pe. 4:17-18.
(3) I Jn. 5:19; Gal. 3:10; Jn. 3:36; Isa. 58:13-14; 56:2-8; Sal. 10:4.
(4) Pr. 14:32; 10:24; Lc. 16:25; Jn.8:21-24; Lc. 12:4,5; 11:23-26. Jn. 12:25-36; Ec. 3:17.

XVIII. EL MUNDO VENIDERO

Creemos que Las Escrituras enseñan que se acerca el fin de este mundo ⁽¹⁾; que en el día postrero Cristo descenderá del cielo ⁽²⁾, y levantará los muertos del sepulcro para que reciban su retribución final ⁽³⁾; que entonces se verificará una separación solemne ⁽⁴⁾; que los impíos serán sentenciados al castigo eterno, y los justos al gozo sin fin ⁽⁵⁾; y que este juicio determinará para siempre, sobre los principios de la justicia, el estado final de los hombres, en el cielo o en el infierno ⁽⁶⁾.

- (1) I P. 4:7; I Co. 7:29-31; He. 1:10-12; Mt. 24:35.
(2) Hch. 1:11.
(3) Hch. 24:15; I Co. 15:12-58; Lc. 14:14; Dn. 12:2.
(4) Mt. 13:49; 37-43; 24:30,31; 25:31-33.
(5) Mt. 25:31-46; Ap. 22:11; I Co. 6:9-10; Mr. 9:43-48.
(6) 2 Ts. 1:6-12; He. 6:1,2; I Co. 4:5; Hch. 17:31; Ro. 2:2-16; I Jn. 2:28; 4:17; 2 P. 3:11,12.